



**LAS COSAS
PASAN**

NICOLÁS IGOLNIKOV

LAS COSAS PASAN

facebook.com/sinnombrecosa

www.cosasinnombre.com

Nicolás Igolnikov

Diseño e ilustraciones: Catalina Juarros

facebook.com/catalinajuarros

A quien posee las mejores manos.

Prefacio	7
Nadie conoció las raíces	9
Si hubiera sabido	11
Vos y yo sabemos bien	13
Tal vez esa tarde	15
Tifón	17
La llegada de la música	19
Con el tifón me enteré	21
Está claro que esa noche	23

Prefacio

El error más grande que cometimos fue esperar siempre una señal para actuar.

Dispusimos sobre nuestra percepción pequeños detalles o grandes sucesos que nos sirvieron para decidimos a comenzar: el desprendimiento de un pétalo, un sutil chasquido de dedos, un gran estruendo, una mirada, una percusión.

Hemos cargado municiones de valor que aguardaron ser descargadas cuando creímos que el momento lo ameritaba, y hemos narrado grandes hazañas basándonos en estúpidas supersticiones (entre ellas, que hay señales que marcan el inicio de las cosas).

Movidxs por un miedo a veces desconocido hemos librado inmensas batallas esperando disculparnos gracias a ellas.

Y tal vez esto tenga como raíz esa tendencia a marcar la historia con hitos: a poner pequeñas banderas en el camino del tiempo para recordar cuándo, cómo y por qué sucedieron las cosas.

Así logramos no fluir con el espacio sino aplastarlo con nuestra presencia, pretendiendo demostrarle que, como vulgares súbditxs del tiempo, podemos contra él solo con nuestra memoria.

Pero este es otro grave error.

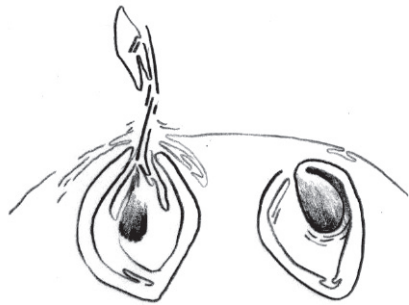
Es el espacio quien nos cobija, mientras que el tiempo escapa a través de nosotrxs.

Y mientras no tomemos conciencia de nuestra condición de canales, de nuestra esencia de conectorxs entre dos dimensiones a priori tan inconexas, es que nos situaremos solo en una, como merxs escépticxs o como merxs mediocres.

Una vez, por mi parte, en sus ojos creí fusionar a aquellos dos grandes titanes: por una vez, mirándola, sentí en el fondo de sus pupilas cómo todo convergía inevitablemente, cómo se amalgamaban estos dos líquidos a priori tan poco miscibles, estas dos instancias de la vida tan irremediablemente alejadas.

Habiendo alcanzado lo que creí fue la conciencia quise usar sus manos para traer a esta unión al mundo: quise tomarlas con las mías para formar parte de esa comunión azarosa e infinita y lograr, al fin, mostrar de qué estuve hablando durante tantas líneas.

Pero en el intento, a la dueña de esos ojos tan profundos, la maté.



-Nadie conoció las raíces de las plantas que sembró.

Con esa oración me hizo entrega del apio que había cultivado durante tantos años para mi.

En aquella ocasión me contó muchas cosas de su vida: versó sobre sus viajes a distintas partes de la ciudad, sobre cada uno de los tatuajes que recorrían su brazo, y sobre cada una de las ideas que no había logrado disparar a lo largo de los años.

Yo quise contarle sobre lo poco que había cosechado durante la Eterna Sequía que asoló nuestra región. Decirle cómo costó obtener algo vivo de esas pocas hectáreas sin compañía, cómo arrastré el pesar de revisar cada rincón en busca de algún rastro verde que no se pudriera en pocas semanas, y cómo dormí después de cada intensa jornada. Pero no me dejó.

...siguió explicándome la hermosura de las calles que conoció, los infinitos locales que visitó buscando un adorno decente, un mueble adecuado o una cortina correcta. Cada tanto me recordaba que en una pequeña macetita miraba con ansiedad el apio crecer, esperando que esté listo para serme entregado. Me habló también de tantos vehículos que abordó para ir de un lugar a otro y de tantos otros seres que quisieron darle la compañía que, para mi sorpresa, era imposible sin mi.

Quise abrazar su cuerpo, pegar alguna parte de mi a alguna parte suya para que sintiera mi frío o mi calor (no importaba qué, porque lo que había buscado durante tantas lunas y soles era poder compartirle parte de mi vida) o a lo sumo cruzar su mirada que seguía adherida a esa hermosa planta que colgaba de mi. Pero no me dejó.

¿No entendía que un apio o un ombú significaban lo mismo, si ella no me arremetía?

¿Cómo podía, habiéndome buscado durante tantos años, no permitirme darle algo de vuelta?

¿Cómo se atrevía a pretenderme inmóvil ante ella en vez de permitirme fluir y abarcarla entera?

¿Acaso no entendía que eso también era amor?

¿Que arrasar con todo a su alrededor era también mi manera de mostrarle que deseaba para ambos nada más que ambos?



Si hubiera sabido o previsto que las cosas iban a pasar, me hubiera permitido que pasaran.

Me arrastré durante mucho tiempo entre los vaivenes de aquello que podía ser y aquello que no: debatí pendularmente contra las paredes de mi cráneo respecto a si pasar implicaba ser, estar, o sentir.

Si las causas o las consecuencias, si las idas o las vueltas, si te tuve entre mis manos o si simplemente te recostaste al verlas abiertas y te dejaste enlazar.

Si todo eso, si tal vez más, si las canciones que cantabas opacaban mis silencios, si las cosas que de mí salían (el magma de la tierra, el viento de los árboles, los cisnes de los puentes destrozados por la marea) llegaban vivas o llegaban muertas.

¿Importaba?

Si nunca definí bien propper class, si nunca terminé de caer y por tanto nunca terminé de llegar, si las veces que te besé fueron meros actos intensos, pleamares de sueños, bajamares de pesadillas, tal vez de vez en cuando un tifón de dulzura.

¿Importaba?

Tal vez hoy, cuando te escribo estas líneas por fin sinceras, estés tirada en tu cama leyendo un manga, garchando con un tipo, con una mina, recorriendo tus infinitos valles, tus innumerables escondites, soplando los vientos que me acompañan los días, fumando un pucho, o pronunciando mi nombre.

-Vos y yo sabemos bien que tenemos que idear un plan.

-¿Cómo un plan?

-Eso: una forma de hacer que las cosas pasen.

Fue un tramo breve de nuestro tiempo aquella conversación: nos vimos después de años de no hacerlo, una tarde soleada de abril. Los copiosos rayos caían de a varios sobre nuestras inútiles cabezas.

No estaba diferente los días en los que solíamos encontrarnos: lucía y ocultaba las mismas marcas, tenía los mismos ojos y maniobraba las mismas manos. Siempre vacías, siempre terribles, siempre fatídicamente hermosas.

Me miró mucho en muy poco tiempo, y si hubiera visto en mí se habría dado cuenta de que me había demolido.

Nos preguntamos con los hombros dónde habíamos estado, quién nos había visto y cuándo nos logramos encontrar: porque estaba claro que eso no había ocurrido durante esa conversación.

Como era de costumbre no pude volver por donde había venido (y no hubiera podido aunque hubiera querido), y ella tampoco.

Nos mantuvimos frente a frente no sabemos cuánto tiempo, ahora que lo pienso tal vez fue todo el otoño, y nos llamamos a una excusa improvisada para escapar, como tantas otras veces, de la luz ajena.

Nos perdimos en senderos discontinuos sabiendo que así como nos habíamos encontrado nos encontraríamos de vuelta.

Y seríamos exactamente quienes somos ahora.



Tal vez esa tarde habré soltado todas nuestras aves
Tal vez habré pausado las manos con las que aprendí a mirarte
esas que tienen en su tacto
la clave para volver líquida
toda tu transparencia

buscando un silencio que nos vuelva
eternos sin sacrificarnos.
Tal vez habré retenido mis pasos

a todo mi ser
arremetiendo contra todas
tus silenciosas capas de piel,

esperando un solo golpe fulminante:
una única ventisca que nos vuelva
eternamente marcesibles.

Esas construcciones que se habrán caído
-que se habrán destrozado
para no surgir en mis lagrimales-
esas tantas palabras que nunca te dije,
esos eternos suspiros que podría
tal vez
regalarte
y todas esas cosas que florecen
a cada vistazo de tus dedos:
todas ellas pertenecen
a algún pronombre trillado.

Tal vez si algún ente supiera
cómo se configuran más allá de nosotros
los vaivenes de nuestros océanos
tal vez podríamos aspirar a encontrar,
-aunque sea sutil-

nuestros oscuros acantilados. una vía férrea para acontecer contra

Tal vez
aún entre esos “tal vez”
persista esa miscelánea pero efervescente incógnita
que se extiende entre ambos:
la única que logra
que nuestras aves
vuelvan.

Tifón

*Y más allá del terraplén, la pantalla
o las breves ciudades
luna serena, sobre las almas,
llevaré.
L.A.S.*

Yo sé que decidí embarcarme porque había un lugar en la tierra que había perdido.

No era que ya hubiera caminado cada uno de sus pasajes, ni que hubiera visto hasta el último de los atardeceres caer sobre los horizontes asesinos.

Entonces, lleno del miedo propio de las corazonadas, de las dudas propias de los impulsos, y de las alegrías propias de los grandes errores, fui al puerto.

Antes de llegar, aunque en muchos sentidos fue después, me encargué de embarrar mis pies hasta los tobillos: no era posible que me fuera de las raíces que me habían visto en parte morir, sin llevarme la parte de ellas por la cual había vivido cada uno de los instantes de mi vida.

Busqué la luna una vez más, y mi último objetivo en la tierra fue encontrarla. Entonces busqué un barco. No importaba cómo, si era de alguien o si pertenecía a algo, debía llegar a él.

Cuando lo vi fue mío sólo para que lo desatara de la tierra, y esa fue la función más pura que cumplí para con otra cosa: sin querer, liberarla de su desconocida prisión.

Emprendí mi partida y en ese momento descubrí que hacía tiempo sabía cómo abandonar la tierra, y cuánto quería hacerlo, aunque no estaba seguro del por qué. No es que ignorara lo que me alejaba de ella: algo para mí desconocido me llevaba a depositar toda esperanza en las aguas.

Una vez que todo a mi alrededor fue mar pude dejarme ir. Al fin ya no era preso del equilibrio que me imponía el suelo.

Entonces el barco y yo nos adentramos aún más, arrastrados por la luna.

Cuando desapareció detrás de las nubes comprendí por fin que lo que estaba buscando estaba después de traspasar la lluvia.

Busqué la tormenta que la contuviera desafortadamente y el barco vino conmigo: no era posible que viviera más tiempo sin ser azotado por

ese torrencial diluvio, que no pudiera afrontar la tarea de escribir mi relato sin más que mirar las letras que escribía, sin que pudiera acontecer contra las olas y derretirme entre el viento y las lágrimas perpetuas del cielo.

La luna seguía vigente, y eso era lo que realmente importaba: no cuánto sufriéramos, cuánto se hundiera el barco conmigo dentro o fuera, no importaba tampoco cuánto pudieran flotar sueños, maderas o personas a la deriva de un océano embravecido: la luna llevaría consigo y arrastraría hacia sí todo aquello que ocupara su dominio, porque las cosas convergen y fluyen hacia ella cuando están en el mar, porque no hay manera otra de escapar de la tierra.

Esa fue mi verdad cuando volví flotando hasta la orilla. Vivo aún y por fin firme, abrazado a la arena, con mis pies limpios: había encontrado el lugar que busqué durante tanto tiempo.

Para mi alma.

La llegada de la música, la afluencia del tiempo que considerábamos justo era el punto que marcaba el momento de comenzar.

Situadas a un épsilon de la otra podíamos simplemente respirarnos, atraparnos en la fuerza vital de la otra para ser paseadas por su cuerpo, para por fin ser descompuestas en un camino que fuera llamado 'nuestro'.

Nos miramos acoplando a nuestro mensaje la fuerza que hubiéramos necesitado para asesinarlos, y nos acariciamos con el calor que manaba del cuerpo que habitábamos desde hacía tanto tiempo.

Una vez, cuando nos conocimos, nos abrazamos. Fue esa la única ocasión que tuve de tocarla.

No recuerdo, y ella tampoco, por qué pasó: ¿debíamos, dos extrañas, coronar nuestro ritual una sobre la otra?

Pasaron años de aquella vez: ambas morimos y volvimos a nacer innumerables veces. Recorrimos tantas distintas praderas, caímos por tantos lugares y volvimos a estar arriba del mundo en tantas ocasiones que concluimos que lo que nosotras llamábamos "morir" no era ninguna verdad predicable.

Así nos reencontramos, después de tantas veces, resueltas en el piso, apenas conscientes, mirándonos desde quién sabe dónde.

Había un aura bestial en el ambiente, una tensión perturbadora en el aire que nos provocaba una duda: ¿era una casualidad estar ahí, justo en ese momento, justo con la otra?

Moría de ganas de abrazarla, de contarle sobre los paisajes hermosos que había visto, de las tantas otras que había encontrado y que no eran ella, de cuando de estar tanto tiempo arriba creí nunca más volverla a ver: pero ya era tarde.

Las hojas vivimos una vez por otoño, y caemos donde a este le place.



Con el tifón me enteré de lo que estaba buscando.

Pasó un día de sol: escasas nubes estaban esparcidas en el cielo y pesadas personas caminaban por las calles de nuestro pueblo. No eran muchas, pero siempre eran diferentes.

Después de mi rutinaria caminata fui con mi habitual manzana a la orilla del mar y me senté a hablar con él, como todos los mediodías.

Nada tuve para contarle: los árboles se veían igual de grandes, las manzanas eran igual de escasas, las calles estaban igual de desconocidas y el cielo igual de desértico. Luego, también igual que siempre, le puse candado a la cadena que emergía desde la arena, para permanecer allí hasta el anochecer.

De pequeña, y de grande, mi gran sueño fue proteger al mar: lo vi siempre tan indefenso, abordado por tantos navíos y navegantes y azotado por tantas y tan fieras tormentas que no podía evitar pensar que mi cuerpo, si se mantenía vigente al lado suyo, podría protegerlo alguna vez.

Así fui haciéndome mi lugar en las costas del mundo: con mi cadena y mi muñeca demacrada por el hierro.

En cada pueblo o ciudad alguien podía tratarme libremente de loca. Y hasta tener razón.

Aún a pesar de mis esfuerzos y de mis lágrimas no encontraba realizada mi labor. Decepcionada concluí que el mar siempre quedaría desprotegido, y que ni los cuerpos más grandes podrían resguardarlo.

Entonces me propuse lograr que me conozca en todas sus playas, y tampoco lo conseguí: nadie que viva de cuidar la orilla del mar consigue los recursos para conocerlo.

Después de varios años de intensas jornadas mi cuerpo cayó enfermo, olvidado por mi. Tenía todo mi ser puesto atrás del mar.

Me vi forzada a volver a mi pueblo, donde estaba mi hogar, y a pasar el tiempo hasta aquel día soleado entre el reposo nocturno y la vigilia matutina.

Entonces fue que lo vi: de lejos, intempestuoso y atemporal, el tifón se acercó rápidamente.

Repentinamente acabó con todo: los manzanos por fin dejaron de dar manzanas, las calles por fin dejaron de ser pisadas, las personas por fin dejaron de ser desconocidas.

Y yo, por fin, logré liberar al mar: ya nadie, jamás, lo volvería a encadenar.

Está claro que esa noche las cosas no esperaron.

Las luces de la habitación yacían en sus lámparas apagadas pero aún calientes: la temperatura a lo largo del cuarto carecía en forma completa de uniformidad.

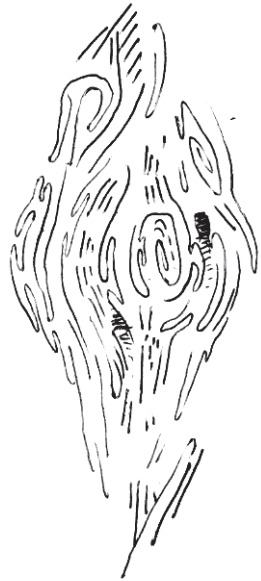
Cuando las extinguió, no hubo otro sonido que el de la acción: sin eco ni llanto consecuente todas y cada una perecieron. Me recordaban a las gotas que de niña admiraba resbalar en la ventanilla: ellas jóvenes llegaban de la lluvia y prontas desaparecían, sujetas a la voluntad del viento que tanto adoraban. De su paso solo constaba, quién sabe si en algún registro, su 'pum' contra el vidrio. De aquel viento, como constancia, quedaron solamente los restos de nuestro vehículo.

Y así es que es un poco curioso que tantas cosas anuncien su inicio con un signo, naturalmente arbitrario, y aguarden que un espectador, también arbitrario, les dé continuidad (lo cual al fin y al cabo es darles sentido). Pero ni aun así las cosas se llaman 'pum', 'clac', me duele: su inicio no reviste más relevancia por manifestarse o por no hacerlo.

El responsable fumó una pipa con soltura mientras frotaba sus manos con la lentitud y la fuerza de la erosión marina.

Rogué, un épsilon de tiempo antes, que con él las cosas no se movieran: que diversificaran su acontecer conmigo, que me acompañaran cuando me quedaba quieta o que corrieran cuando llorara. Que no sean esclavas de su falange, que no se atornillaran a él como si un viento sagaz proveniente de mi pudiera volarlas para destruirlas contra el amanecer.

Así, rogando con todo mi ser, lo único que pasó esa noche fue que me apagó.



¿Hace acaso diferencia si demoro tres años o un instante en asestar un golpe?

¿Hace acaso diferencia referirme a lo que quiero con una lengua occisa o con una viva?

¿Reviste importancia encontrarme con el otoño bajo el lente de una mañana fría o con el matiz de un ocaso cálido?

¿Hay algún sentido en escuchar miles de veces un sonido buscando un nuevo sentido o en escuchar miles esperando el siguiente?

¿Hay algún misterio escondido debajo de las alfombras debajo de las cuales todo mundo dice que no vale la pena guardar las cosas?

¿Estamos bien sin saberlo?

